

Título: Cruce de caminos

Pseudónimo: El ilusionista

Notaba la dulce brisa del mar mientras corría por el paseo, junto a la playa, hasta el punto de sentir el cosquilleo que produce el salitre de las olas que rompían en las escasas rocas que yacían sobre la arena mostaza, fruto de los primeros rayos de sol. La playa desierta, le acompañaba paso a paso en sus pensamientos. Sebas, de 31 años y complexión más o menos atlética, pelo castaño a juego con sus ojos, realizaba este ritual cada día, fundamentalmente a primera o a última hora, y le hacía sentirse más vivo y que su asma (ese con el que siempre había vivido desde que era pequeño) no iba a ponerle límites. Según él, correr le ayudaba a ordenar sus pensamientos, idear proyectos y liberar tensiones. Sin embargo, lo que más valoraba de esta actividad es el bienestar y la paz que le generaba. Consideraba que era un acto de disciplina y, además, le ayudaba a conocer sus límites físicos y psíquicos. Sin duda era un acto de superación egoísta y placentero. Todo formaba parte del ritual: se vestía lentamente con aquella ropa sin costuras que había ido consiguiendo en las carreras populares en las que había participado. Las zapatillas tenían una fina capa de tierra, al igual que los coches tras una tormenta de arena, y tenían el olor acético de la humedad que habían acumulado desde el día anterior. Realmente eran muy cómodas y le hacían resistir la dureza que en ocasiones supone estar continuamente impactando sobre la arena o el asfalto.

Siempre se encontraba a la misma gente a la misma hora. La señora mayor de pelo cano y aspecto que le recordaba a las figuras de Botero, que paseaba con su vestido azul celeste de los domingos a su querido yorkshire. Aquella joven misteriosa de pelo negro, largo y liso, con sus cascos de color blanco. El señor de unos sesenta años que siempre corría con sus gafas de sol y su gorra de color rojo, como intentando esconder su inevitable calvicie. El repartidor de periódicos, con su camisa de botones a medio abrochar y barba de tres días que ni crecía ni se acortaba. La joven rubia de piel clara y

aspecto holandés, no muy alta y preciosa, con su cara delicada que pasaba muy trajeada y con maletín, dispuesta a comerse el mundo. Sus ojos verdeazulados eran sin duda una de las motivaciones para salir a entrenar cada día tan pronto. El olor a café y tostadas de los bares, junto al sonido del motor de las pequeñas barcas de la bahía le alimentaban el alma. Sebas tenía la impresión que aquellos pequeños detalles armonizaban su existencia. Descubrió que aquellos lapsos de tiempo que parecían no haber existido eran realmente períodos de concentración máxima en sí mismo, y en lo que le rodeaba. Aprendió a utilizar la resistencia física como ejemplo para las posibles adversidades de la rutina diaria y a mejorar sus síntomas de asma. Sin duda, había comprendido que todo sufre altibajos, pero que la dosificación es importante. Lo fundamental era disfrutar, descubrir la grandeza de lo ínfimo, la naturalidad de cualquier proceso, a vivir intensamente. Recordaba que había empezado a correr hacía ya unos 3 años, tras ver en televisión un reportaje sobre una carrera popular que discurría por el centro de su ciudad.

Alba era una joven de origen uruguayo, de mediana estatura, pues casi rozaba un metro y sesenta y cinco centímetros, con tez clara y pelo rubio que recogía habitualmente en una trenza. Utilizaba un perfume que algún iluminado había asemejado al olor que desprende la tierra poco después de llover, y que misteriosamente realzaba su belleza, como si ésta dependiera de aderezos aparentemente innecesarios. De vida ordenada y singular, poseía 7 trajes para su trabajo, uno para cada día de la semana. Hoy, al ser jueves, le tocaba el de color gris oscuro estilo inglés, ciertamente entallado y su pañuelo de color azulado, a juego con sus ojos felinos. Era probablemente su traje preferido, aquel que le había acompañado en sus mejores días como profesional, lo que le hacía sentir el éxito antes de que ocurriera. Era una mujer

muy metódica, culta y excesivamente exigente para los 25 años que tenía. Había leído técnicas para visualizar mentalmente todos los posibles devenires de cualquier problema que se le presentara, lo que la convertía en una mujer verdaderamente astuta y capaz. Su aura, unida a su belleza no pasaba inadvertida. Coincidió a diario con un joven que la miraba absorto en sus pensamientos, mientras corría escuchando música. A veces, es posible que por un pequeño instante, fugaz, se pudiera conectar con aquello que pensaba ese joven. Sentía que sus ambiciones en la vida eran comparables. Una vez leyó que no existía nada imposible, pues existían altas probabilidades que los límites los crease el ser humano como medida, tal vez errónea, para intentar mantener el control de aquello que se intenta. Su ropa parecía recién estrenada cada día, lo que unido a su delicada trenza rubia la convertía en la envidia de las chicas con las que compartía viaje cada día. Más de una vez, una señora mayor con gafas de cristal ancho, había opinado a su lado que Alba no parecía de este planeta. Debía pertenecer a una raza superior, si es que eso fuera posible, y no comprendía su poca sociabilidad con la gente con la que compartía su viaje matutino. Además, la señora mayor le repetía a diario que debía aprovechar su juventud y viajar, pues de esa forma los recuerdos una vez se marchitase su belleza exterior perdurarían para siempre. Alba se sentaba cada día de forma inexorable en el cuarto asiento de la parte derecha del bus, al lado de la puerta, para salir la primera en su estación y aunque usaba cascos para aislarse de lo que le rodeaba ponía la música a bajo volumen, pues disfrutaba escuchando la sabiduría de la vieja. Se sentía triunfadora aunque quizás algo solitaria en ocasiones, pero opinaba que cada día era una oportunidad para demostrar su valía, lo que la convertía en una mujer muy competitiva y con escasos amigos.

Era un lunes de una semana calurosa del mes de Junio y Sebas salía, como cada mañana de su gran cama y tras enjuagarse la cara, peinarse y usar su inhalador, salía, antes de ducharse a cumplir con su necesidad, correr. Ese día notaba la imperiosa necesidad de mejorar su mejor marca. Por un motivo que no acertaba a descifrar su corazón latía con fuerza, retumbando en su tórax, aunque con una cadencia nada rápida. Seguramente era la señal. La señal de algo inexplicable e incierto. Bajó inspirando y espirando lentamente los dos pisos que le separaban del paseo junto a la playa y centrándose en la música, que sonaba más fuerte que las sibilancias de su asma. Al salir a la calle todo parecía diferente. Llevaba cuarenta minutos corriendo y entonces apareció ella, la chica con aspecto holandés, de tez pálida y ligeramente melancólica, que salía de su casa vistiendo el traje de los lunes, su preferido, pues la hacía parecer triunfadora, elegante, tenaz. Como cada día sus miradas se cruzaron, conectándose por ese segundo que en realidad parecen dos horas, tiempo más que suficiente para declararse.

Alba, de aspecto holandés se subió ese lunes en su autobús, sentándose como cada día de forma inexorable en el cuarto asiento de la parte derecha al lado de la puerta, para salir la primera. Ese día todo parecía distinto. Había descifrado la mirada del joven corredor, ligeramente preocupada, bajo la llama que alimentaba su deseo de comunicarse mutuamente. Algo le hacía sospechar que no sería un lunes cualquiera y ciertamente no lo era.